



www.de1939a1945.bravepages.com

Presenta:

Unternemen Kreis

(Aguilas huérfanas)

Tercera Parte

Unternemen Kreis (III)

Cachorros de héroe

Gudrun estaba muy feliz aquella mañana. Cada día les daba clase de japonés durante un par de horas y pronto sabrían lo necesario para poder impartir las clases de vuelo. Las academias de aviación estaban repletas de ases veteranos que se esforzaban lo más posible para que los novatos aprendiesen el máximo en las pocas horas de que disponían. Como cada mañana, recorrían a pie en grupo el corto trayecto desde sus alojamientos hasta la sala de idiomas. Gudrun fingió que se detenía a atarse los cordones de la bota para quedarse rezagada a posta. Keer aguardaba hablando de temas triviales cuando ella se incorporó rápido cogiéndose a su brazo con los ojos brillantes.



- ¿No me notas que he engordado bastante?

La oficial se pasó la mano por el vientre mordiéndose el labio con expresión traviesa.

- Y todavía me queda...

- ¿Quieres decir ...?

- Franz me aconsejó que te lo dijera ya. Espero un hijo.

-¿Desde cuando lo sabes?

- Eso no importa. Estoy de 6 meses.

En un arrebato de efusividad la estrechó entre sus brazos para besarla.

La escena fue vitoreada por sus compañeros. En la distancia Yamaguchi también les había visto y observaba en silencio.

- ¿Ha visto qué escándalo Tai-i? – se posicionó a su lado Hashimoto.

- Déjelo estar Nobutake- le respondió con calma- Lo necesitan, no son como nosotros.

- Desde luego que no Tai-i.

-¿Te casarías conmigo esta tarde?-le pidió Keer ajeno al mundo que les rodeaba.

-Tengo localizado al cura desde hace días.

- ¿Quién más lo sabe?

- Nadie más. Pero creo que Yamaguchi al menos debería saberlo.

Los dos hombres cruzaron la mirada a pesar de los cientos de metros que les separaban. El alemán se sintió en la obligación de informarle de inmediato y caminaron hacia el caza en cuya ala aguardaba de pie con los brazos en jarras. Los dedos de Gudrun se entrecruzaron en sus manos unidas. Hashimoto contuvo su muestra de desprecio por respeto a su superior. Descendió de un salto y los tres se alejaron conversando mientras el suave viento de la mañana acariciaba sus rostros.

Una gran conmoción sacudió la calma de aquella pacífica academia en la bahía de Kure. El personal corría hacia los altavoces distribuidos por las instalaciones y en los interiores de los edificios con la preocupación en sus rostros. Keer que enseñaba a sus alumnos a comprobar los instrumentos antes de una misión nocturna se quedó totalmente sólo de pronto. Se unió a la riada de personas a la que se incorporaba Gudrun alzándose la falda para poder correr.

- ¿Qué sucede Gudrun? ¿Qué es este lío?

- Dicen que el almirante Yamamoto ha muerto.

Los altavoces estaban conectados con la radio pública que retransmitía un mensaje en directo del primer ministro Tojo.

-“...nuestro dolor no conoce límites por la trágica muerte de nuestro bienamado estratega. Isoruku Yamamoto permanecerá en la memoria del pueblo japonés como ejemplo para las futuras generaciones. No pudo ser derrotado en vida y sólo podemos culpar a la fatalidad del destino el que hoy no volvamos a contar con su sabio consejo...”

La pareja se aproximó a Hashimoto que escuchaba absorto el comunicado.

-¿Qué ha sucedido?- le preguntó Gudrun en su cada vez más perfecto japonés

El suboficial pareció despertar de su trance. En sus ojos se adivinaba una trágica resignación que estremecieron las entrañas de la teniente. La noticia había borrado de momento la animadversión que les había demostrado por la mañana.

- El Tai-sho Yamamoto ha sido asesinado – respondió con crudeza y contundencia – Había pasado la noche en Bougainville y se disponía a regresar en un *Renzan* (G4M) de Kahili a Rapopo cuando se topó con un grupo de P38 y lo destruyeron. Sólo uno de sus Reisen (Zero) de escolta sobrevivió.

Una lágrima asomó a su rudo rostro pero no toleró que el sentimentalismo pudiera abrirse camino.

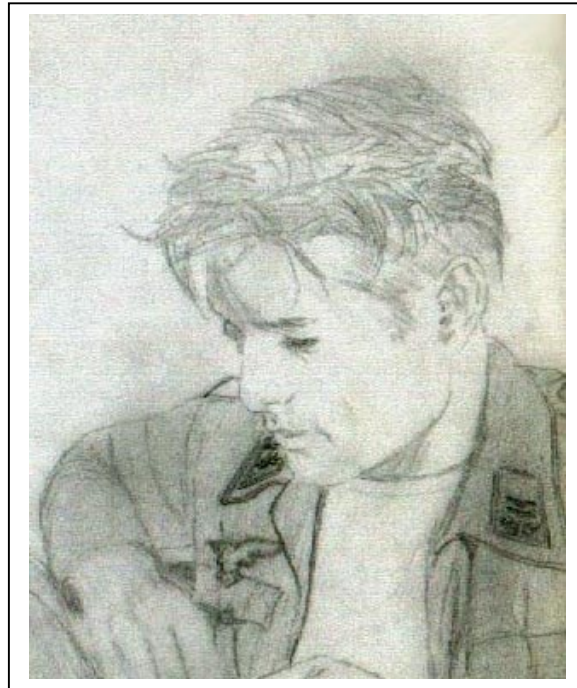
- “[...]Combatientes del glorioso imperio japonés, estamos sufriendo duros reveses en los últimos meses pero no decaigais. Nuestro tesón y dedicación nos conducirá a una segura victoria. Cuando ese día llegue, todos recordaremos a nuestro valeroso almirante, el hombre que hizo posible nuestra gran victoria en Pearl Harbor y un largo sinfín de batallas. Su muerte no habrá sido en vano. El país entero guardará un día de luto...”

Ajenos a aquel dolor, ambos alemanes se alejaron respetuosamente.

- Parece un buen momento para visitar la academia naval en Etajima y aceptar la invitación que nos hizo Kusaka. ¿Recuerdas por quién debíamos preguntar?

- Tengo la carta aún en el bolsillo de la guerrera. ¿Esto es una cita teniente?

- No seas ansiosa...-le sonrió



Apenas estuvieron un par de horas fuera. Etajima se encontraba en una isla en la bahía de Kure a la que se accedía gracias a un ferry que salía cada hora u hora y media según

la franja horaria. Parecía increíble que aquel lugar pudiera ser una academia militar. Los sobrios edificios de hormigón contrastaban con las típicas casas japonesas de madera donde se albergaban los reclutas.

No pudieron elegir mejor lugar para un momento de romántica intimidad. La isla guardaba lugares de enorme belleza y recogimiento. Los jardines en terrazas cubrían toda una ladera de la montaña extendiéndose desde los de la academia. El pueblo japonés, experto conocedor de la jardinería, se había esmerado en la atmósfera de aquel lugar, sus árboles, estanques...

Prácticamente toda la tarde la pasaron fantaseando sobre su boda. Gudrun nunca olvidaría ya los cerezos en flor de la entrada y, por fin desde que empezó la guerra, pudo olvidarse por unas horas de su condición militar.

Ni siquiera, la expresión de preocupación de sus compañeros pudo sacarlos de su ensueño a su regreso. Tuvo que ser Krause quien tomase la iniciativa de informarles.

- Señor...Es sobre Lindmann.

- Si Stefan. ¿Sucede algo?

- Ha desaparecido. No le encontramos por ninguna parte.

- Habrá ido a dar una vuelta aprovechando el día de luto – respondió Gudrun muy condescendiente dado su buen humor.

- Estaba borracho Bauer – le comentó el doctor – Yo lo mandé a la cama pero no está allí.

- ¿Sabe algo Yamaguchi?

-No, señor.

-Bien. Sé que algunos de vosotros os conoceis todas las timbas, bares y sitios peores de los alrededores...

-¿Desea que vayamos a buscarle mi teniente?

-Iremos unos cuantos.

Gudrun, quédate aquí y disimula nuestra ausencia. Bajo ningún concepto deben mandar a la policía tras nosotros.

Dieter, busca a Oppenheimer y consigue un coche.

Junge y Stern, vosotros vendreis también.

A Keer le repugnaba aquel ambiente. No iba con su educación. Al quedar huérfano de padre había adoptado como suyos aquellos valores de propaganda sobre los caballeros del aire.

-¿Qué nueva sorpresa guarda este tugurio feldwebel? Sólo nos faltan los fumaderos de opio...-bromeó Dieter

- Un prostíbulo.

La tristeza inundó a Keer. Esperaba no encontrarlo allí. Martin estaba casado y tenía dos hijos.

Stern entró sólo para no levantar sospechas. El fatídico silbido que indicaba que un occidental estaba en el interior le revolvió el estómago.

- Vamos a sacarle de ahí – Sus compañeros contemplaron con asombro la inusitada furia con que soltó la correa que mantenía la tapa de la funda sobre la pistola mientras entraba.

Se hizo el silencio al verles en el vestíbulo. La supuesta regente de la casa de Geishas se apresuró a cerrarles el paso inclinándose ante ellos.

- Wo ist er? (¿Dónde está?) – vociferó Friedrich en alemán – la mujer hizo un gesto de no comprender- El *Gaiyin*, el alemán – se señaló el águila del pecho del uniforme.

La mujer volvió a inclinarse

- Quitadla de mi vista

- Señor – vaciló Stern

Keer avanzó con paso firme hacia las habitaciones a pesar de los gritos de la Geisha. Un japonés medio desnudo se asomó con indignación a la puerta y Keer sin detenerse desenfundó y disparó contra la pared. El oriental volvió a entrar aterrorizado. Fue abriendo puertas a patadas, clientes y prostitutas proferían alaridos de pánico y, algunos incluso saltaban por las ventanas.

Al fin, lo encontró. La prostituta estaba encogida temblando en una esquina tapándose con el kimono su cuerpo desnudo como si eso pudiera protegerla de las balas. Lindmann yacía inconsciente en una bañera.

Guardó el arma con pesar mientras sus compañeros recogían las ropas y lo levantaban entre dos para salir a toda velocidad del lugar. Cruzó una mirada con la asustada joven. No tendría más de 15 años. La guerra parecía mostrar su lado más cruel precisamente con las criaturas más débiles y frágiles.

-Salgamos de aquí cuanto antes. Ya lo vestiremos por el camino.

- ¿Qué vamos a hacer con Martin? – le preguntó ella desde su cama en la intimidad de su cuarto.

- ¿Y conmigo? Me sobreexcedí Gudrun. Quería borrar de la tierra aquellos lugares. Me daban asco. Debes presentar cargos contra mí.

- No puedo hacerlo...te quiero.

-Eres mi superior nominal.

- No por mucho tiempo. Mientras estabais ausentes llegó un nombramiento desde la Embajada. Con todo este jaleo no he tenido tiempo de decírtelo: Eres mi hauptmann (capitán).

- Entonces confesaré a Yamaguchi. No creo que haya muchos occidentales uniformados en Kure. Antes o después vendrán a por nosotros las autoridades civiles.

- Siempre haces lo que consideras justo...por eso me enamoré de ti.

- Sólo soy un hombre Gudrun. Impondré a Martin un castigo disciplinario y solicitaré que me juzguen.

- No seas muy duro con él. Tan sólo está desmoralizado, como todos nosotros.

- Lo sé amor mío. Lo sé.

-¿Por qué no te tumbas conmigo? Sé que será una noche muy larga y que no vas a pegar ojo.

Friedrich obedeció mientras ella le acariciaba sus cabellos.

- Descansa y no te preocupes. Yo estoy orgullosa de ti..

La cabaña en la que se alojaban se convirtió en el calabozo de Martin. La sentencia era Lejemplar, una semana de confinamiento en régimen de aislamiento con guardias en la puerta. Desde el desgraciado incidente del burdel se respiraba cierta tensión en el ambiente.

A pesar de confesar, el capitán Keer no fue sancionado en modo alguno. Incluso se vio con cierto agrado su actuación en las esferas japonesas que se empezaron a referir a él como el samurai alemán. Friedrich sentía más que nadie haber tenido que castigar a Lindmann cuando él salía limpio de toda acusación. Quizás aquel fue el momento más difícil de su carrera como oficial. Martin era un buen amigo y lo hubiera propuesto como padrino de su boda. Ahora ya no se atrevería.



Contraviniendo sus propias órdenes envió al doctor a hacerle compañía con el pretexto de preocuparse por su ánimo y salud. Los hechos futuros le darían a entender cuán acertado estaba.

- ¿A qué debo el honor, Franz? – le recibió recostado en el catre de tijera.

- Nada especial. Una revisión de rutina.

- ¿Quién te envía? ¿El zar o la zarina?

El doctor obvió la respuesta y tomó asiento a su lado.

- Te traigo una Signal para que no te aburras.

- Septiembre del 41. Últimas noticias...- comentó con tono irónico – Quizás te interese más la carta que recibí ayer. Llega sólo con unos 8 meses de retraso. La inmensa goma de borrar británica está empezando a eliminar ciudades del mapa de Alemania.

- Exageraciones, Martin.

- Me lo ha escrito mi tío el general Oswald Lindmann. No le ha resultado fácil que pudiera llegar a mis manos sin pasar por la censura. - Martin se sentó para enseñarle la misiva – Mi barrio en Bremen ha sido completamente arrasado por los bombardeos nocturnos. En el último, al menos cuando me escribieron la carta, mi mujer y mis hijos debieron morir en el incendio porque nadie sabe nada de ellos...

- Mis condolencias Lindmann. No lo sabía.

-¡Qué más da! Nunca volveremos a casa. Los japoneses no tienen ni una oportunidad. Todos lo sabemos.

- ¿Necesitas que te traiga algo?

- Sólo una máquina del tiempo.

Berger se incorporó tomando el pomo de la puerta para salir.

- Gracias por venir Franz.

El tiempo pasaba rápido en la unidad de adiestramiento. Las horas de instrucción por recluta se redujeron a 100. Insuficientes a todas luces. Aquello era prácticamente un asesinato. No eran rival para los entrenados y blindados enemigos. Los pilotos del Grupo mixto les obligaban a practicar con una intensidad que rozaba la inhumanidad. Aún así, al llegar la hora de partir, sentían que les podían haber enseñado más y , esta idea les iba royendo las entrañas.

Keer y Bauer se casaron en Hiroshima con Yamaguchi y su esposa como padrinos. Gudrun estaba encantadora en su vestido de novia, un elegante kimono granate adornado con motivos florales. Había recogido sus cabellos en un moño al estilo japonés pero seguía usando el maquillaje al estilo occidental. Estaba tan hermosa que todos quisieron bailar con ella en la fiesta organizada a la noche en el aeródromo.

La dicha duró poco. Lindmann, que no pudo sobreponerse a la pérdida de sus seres queridos, se colgó a la mañana siguiente a la boda.

Jamás sintieron una muerte como aquella. En la tumba de Martin, en los lindes de la pista crecieron flores blancas. En la lápida podía leerse en alemán y japonés: “*Aquí yace el teniente de la Luftwaffe Martin Lindmann 1910-1943. Marchó a reunirse con su familia. Rogad por él.*”

Dejó escrita una carta en la que se despedía de todos y cada uno con impresionante tranquilidad y lamentaba estropear la mañana siguiente al acontecimiento.

Gudrun dio a luz una niña a la que pusieron por nombre Monika, pero a la que todos llamaban *Krankenwagen* (Ambulancia) a causa de sus lloros por la noche, o *Kleine Monika*, por la conocida canción cuyo estribillo solía cantarle su madre para hacerla sonreír.

[...] *Lebe wohl, du kleine Monika,
Heute muß geschieden sein!
Lebe wohl, du kleine Monika,
Trockne dir die Äugelein!
Valleri, valleri, vallerallerallera,
Wenn ich wiederkomm',
Wirst du mein!
Lebe wohl, du kleine Monika,
Bald bin ich wieder da![...]*

[...] *Adios pequeña Mónica,
¡Hoy debemos separarnos!
Adios pequeña Mónica,
Sécate las lágrimas!
Valleri, valleri, vallerallerallera,
Cuando regrese,
¡Serás mía!
Adios pequeña Mónica,
¡Pronto estaré de nuevo ahí![...]*

Era el vivo retrato de su madre aunque aquellos enormes ojos verdes eran indiscutiblemente de Keer. Resultaba paradójico que la niña sólo se dormía con el ruido de las hélices y, como la madre se la llevaba a todas partes mientras trabajaba , por la noche no había quien la acostase.

Afortunadamente para el padre, que por la noche daba clases de intercepción nocturna. Algunas mañanas Gudrun tenía unas ojeras casi tan negras como su cabello.

A pesar de todo, aquellos fueron los días más felices de la pareja y casi se sintieron a salvo hasta que, en abril del 44, cuando apenas había cumplido la niña 9 meses, los rumores de un nuevo bombardero americano capaz de alcanzar las islas comenzaron a circular. Los B29 se habían desplegado en el Sur de China aunque no fue hasta el 14 junio que comenzaron sus misiones sobre las islas principales.



Las noticias del bombardeo habían corrido como la pólvora. Keer y Yamaguchi asistieron con pesar a la inconsciente alegría de los neófitos. Eran conscientes de que el entrenamiento se había terminado y que se habían convertido en una unidad de combate más. Sin embargo, había una diferencia notable entre “el comandante del Sol” y el “de la Luna” como les apodaba el personal de tierra, Yamaguchi se sentía liberado al poder ejercer sus ansias de defender su patria. Para Keer, aquello no fue más que un nuevo golpe a su maltrecha moral de alemán, lejos de su patria y seres queridos.

Si alguien había especialmente satisfecho del desarrollo de los acontecimientos era Hashimoto. Rodeado de barbilampiños adolescentes, narraba sus hazañas y anécdotas de 7 años de servicio con un discurso chauvinista e incendiario. Aquellos desdichados estaban deseosos de correr hacia la muerte incumpliendo así la norma número uno del buen soldado: Regresar vivo a casa y no tomar riesgos innecesarios.

De mutuo acuerdo convinieron que los alemanes volverían a sus antiguos aparatos si entraban en acción y que los 110 no serían utilizados más que en caso de completa incapacidad para contener las oleadas. Sin esperar, el capitán Keer, ordenó que fuesen instalando los cañones ventrales de 30mm. Por el momento, él seguiría a cargo de la noche y las unidades de *Gekkos*. También ordenó que volviesen a pintar las cruces alemanas en sus aparatos. Sentía la necesidad de luchar por su propia bandera. Ya poco le importaban la política o las órdenes. Había llegado el momento de que se enterasen que estaban allí.
